

Homenaje a *La China Mendoza* en el Palacio de Bellas Artes

CARMEN PARRA/BEATRIZ ESPEJO

Oda a La China Mendoza

CARMEN PARRA

La China es para mí un regalo envuelto en papel de china con moño de colores, una fiesta, es el territorio de la infancia, un mercado de Guanajuato lleno de frutas, dulces panes, chirimoyas, alfeñiques, una feria en la que hay todos los juegos, los Caballitos, el Martillo, la Rueda de la Fortuna donde nos hemos subido y bajado con muchos personajes entrañables arriba y abajo. La China se refleja en “el espejo del fondo del pozo que nos devora”, siempre con una nueva y no acostumbrada alegría pues el mundo la ha hechizado, su locura hace reír a los dioses y a los hombres.

Es mi amiga, mi doble, ella es lo que no me atreví a ser y al revés. Vamos corriendo de la mano por la vida, enamoradas del amor, del corazón; ese corazón de Cristo, el corazón de mi corazón, de Shakespeare: ese corazón relacionado con la totalidad, nuestras cuerdas del corazón vibran como un arpa en el viento, el corazón como imagen del sol, el corazón en los aztecas, el corazón de las tinieblas, el corazón lleno de estrellas, el corazón oye los magnos eventos que abarcan toda una vida compartida, nuestra amistad está por arriba del aire, del fuego, del agua, de la tierra, es un bien esencial que tranquiliza nuestra vida.

Tú China, ¿quién eres tú? Me estás ocultando mi propia vida o la estamos desarrollando juntas ya que tú tienes el

don de ver, ves mis cuadros, has visto casi todos mis cuadros que traduces en entusiasmos y en los múltiples textos que has escrito y no tengo palabras para agradecerte. Eres una compañera eterna, mientras yo he pintado tú has escrito, has logrado el sueño de un escritor y de una periodista, tu vida es tu creación misma, tu mejor novela, la cual nunca imaginaste, es un corazón en llamas, el fervor máximo a la vida.

Las palabras salen de la boca y vienen del corazón, del reino sagrado que llevamos dentro.

En esta época del corazón muerto, sin conexión sagrada a cambio del poder, del dinero, de la usura, donde los bienes materiales someten al individuo, desaparece el corazón poético, encontrar una criatura como La China Mendoza es un garbanzo de a libra, es una mujer peregrina que viene de una larga peregrinación. Ahora los corazones yacen en las cajas fuertes, las personas sin corazón son invalidas de Eros, en el sentido amplio que es abarcando todas las gamas emocionales, la atracción sexual, la amistad, el amor propio, el amor a Dios.

La China se zambulle en el espejo de la vida para verse reflejada como árbol, como pájaro y sobre todo como perro, escribe desde atrás del espejo y a veces regresa y está en su casa en la Calle del General Cano en Tacubaya rodeada de sus objetos, sus libros, sus seres queridos, sus perros, su jardín, los pájaros y las mariposas.

Ser amiga de La China, como decía nuestro maestro Héctor Azar, es una profesión pues una relación auténtica es agotadora. Por eso ahora nos pasamos viendo a los que viven en el limbo, van de un lado a otro socializando sin dejar algo personal, pues una amistad exige un esfuerzo de

imaginación, hay que estar presentes añadir el potencial simbólico para expresar una relación íntima, ser otra persona, estar siempre ahí del otro lado del espejo, “ese espejo líquido, compacto, mercurial que se levanta verticalmente para irnos apresando en la plata”.

La China sigue siendo la patria mía donde el fuego y el sentimiento de la nación nunca se extinguen pues ella construyó en Guanajuato un faro para los barcos de la fe que navegan en las montañas, en las nubes y en los altares barrocos donde muchas veces nos hemos perdido, en las minas de su ciudad Cata, Mellado, Santa Ana, La Luz, El Cubo y en los altares de La Valenciana hemos cantado Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad, la luz de ese faro imaginario en el centro de la República nos sigue guiando a los diferentes caminos de esta tierra pródiga. La conocí en mi plena adolescencia llena de contradicciones, revoluciones y rebeldías, estaba



María Luisa “La China Mendoza”

en la preparatoria 5 en Coapa. Héctor Azar era nuestro padre-madre, representante de San Juan de Dios quien fuera protector de los locos y fundador del primer manicomio en Granada en el siglo XVI, Héctor en su vida generosa le dio asilo a todos sus amigos, trastornos o como decía Cortázar: cronopios.

Cuando conocí a La China formaban una trilogía de juguetones: Monsiváis, Pitol y Luis Prieto, con ella formaron una cuadría perfecta de ingenio agudo, juegos, inteligencia y humor, de sin razón, de absurdo, donde surgieron personajes inolvidables, uno de ellos “La Seca”, Lupina Mendoza, nunca supimos si era real o ficticia pues inventaban aventuras inverosímiles e inesperadas, pero yo la conocí cuando llegué a París en 1965. Esta formidable cuadría se disolvió en el momento de la llegada de una princesa que siendo polaca destronó a todas las princesas aztecas y se llevó todos los laureles de esta patria y ahora vive en el Olimpo. La China al ser del PRI, orgullo de su padre, los intelectuales puros y las mafias la fueron aislando hasta que ella se retiró a vivir en su propia isla, a vivir en lo más dulce y preciado que es la vida misma.

Para ser artista hay que tener dentro un fuego interno que te quema, es el fuego robado por Prometeo a los dioses. La libertad de la creatividad paga un precio muy alto por ver las paradojas de la vida y así a través de la imaginación revelar la complejidad de la realidad.

El arte es el territorio de los desterrados, los huérfanos, los exiliados, los visionarios, los otros, los diferentes, tenemos una granada en el corazón que estalla para querer transformar el mundo para ser más justo. Nos tocó la Revolución Cubana, la Guerra de Vietnam, el Partido Comunista clandestino, el asesinato de Kennedy, la muerte del Ché, el hombre en la luna, el movimiento del 68, la muerte de Colosio, la celebración del Bicentenario 2010, tantos y todos los cambios en la historia, ya nada es igual, descubrieron millones de universos y nosotros pudimos introducirnos en el Big Bang.

La China me casa con Gironella, mi celestina insensata, su gran amigo, estaban comiendo con él en la calle de

Río Elba en la Colonia Cuauhtémoc y me llamaron por teléfono Edmundo Domínguez Aragonés y Gironella, que fuera en ese momento. Yo tenía una cita con Jorge Alberto Lozoya y su papá el general Lozoya para ir a escuchar a Duke Ellington en El Palacio de Bellas Artes, entonces me vestí elegantísima con un atuendo que me compró mi tía Alicia en Europa, era noviembre y yo tenía 28 años bien plantados y bien vividos. Llegué al apartamento de Gironella ante la complacencia rotunda de La China y un relámpago, un estruendor venido del cielo atraviesa nuestras vidas uniéndonos a todos para siempre, la presencia del destino cambió todo y ahí La China hacedora de entuertos nos echó la suerte que para mí fue tener un hijo, Emiliano y una nieta Mirela. Y el convivir con Gironella, un creador que se había comido un dragón en su temeraria búsqueda de lo absoluto que le devoró la vida, nos unió en una amistad eterna pues ella y yo nos volvimos los padres de mi hijo, que también es el suyo.

A través de La China voy leyendo trozos de mi propia vida, ya que la amistad es un ancla en la memoria para recordarte los puertos que has tocado. Hemos sido cómplices del siglo xx y hemos saltado de la mano con los ojos cerrados, aterradas al siglo xxi como si nos hubiéramos lanzado con el corazón arrebatado a un abismo profundo, desconocido gritando ¡Corazón, corazón, corazón, no me quieras matar corazón!

No podría aquí en esta mesa contarles anécdotas pues no acabaría nunca, aunque hay una entrañable que fue cuando Eduardo Deschamps, su primer marido, sacó una espada desenvainada, en el periódico *Excelsior* para atacar a sus enemigos y Gironella que estaba exponiendo en Bellas Artes "El Entierro de Zapata y otros Enterramientos", le hizo un homenaje dentro del Palacio a la entrada de la Sala Nacional, que consistía en exponer en un caballete un cuadro cursilísimo de los tres mosqueteros, muy grande con un marco dorado como de los años treinta que estuvo en el comedor de la casa de mi abuela y que por cierto fue escenario de la película de Paul Leduc "México Insurgente de John Reed", Gironella le colgó delante una pierna de jamón

y le puso al cuadro varias pinceladas como balazos (surrealista al fin), en el homenaje estábamos La China, sus dos maridos Eduardo Deschamps y Edmundo Domínguez Aragonés, Alberto Gironella y yo, después nos fuimos a cenar al Centro Vasco.

En este sortilegio de la vida agradezco la presencia de nuestro amigo y cómplice el diputado Jaime Martínez Tapia que ha sido el águila y sol de sus días compartidos en estos últimos 26 años.

Finalmente gritaremos con pasión, al unísono con La China: "Bufa Libre, pues el paisaje de Guanajuato no se vende, es de todos los mexicanos" y sobretodo de La China, que es ella misma el paisaje de Guanajuato.

María Luisa Mendoza, el mito

BEATRIZ ESPEJO

Siempre he tenido a María Luisa, mejor conocida como La China Mendoza en calidad de mito. Por comentarios de amigas comunes oí sobre sus amores apasionados o tiernos. A veces llenos de despropósitos como algunas relaciones de casi todos nosotros; sin embargo, pocas sabían que cuando era estudiante de la Universidad Femenina, en un departamento de la calle Ignacio Ramírez desde el que podía verse la cúpula del Monumento de la Revolución, dibujando ante su restirador, estaba enamorada hasta la asfixia de un hombre clave, su maestro al que admiraba sin límites en un romance adolescente abruptamente terminado con la muerte. La China es así, siempre llega al límite. Luego, cuando conocí a esta mujer de muchas palabras, lo primero que de ella me intrigó era su modo de mover los labios como si le importara pronunciar con la mayor corrección cada frase, sin que ninguna sílaba se perdiera o dejara de escucharse. Habla aprisa por temor a no decir los párrafos completos o a perder el cauce de las ideas. A veces me parece que pide un beso de reconocimiento. Por eso a nadie extrañó que uno de sus muchos trabajos fueran programas televisivos y que con *Un día, un escritor*, donde fui distinguida al ser entrevistada, obtuviera el Premio Nacional de Periodismo.

Me entusiasmaban y siguen entusiasmándome sus ojos redondos llenos de luz y en los que si uno se fija puede atisbar fondos melancólicos aunque a menudo los disimule con lentes de aros gruesos, sus ojos que dejaron de ver y la aterraron seis meses oscuros. Reconstruyo su cabello rojo con rayos dorados, su vitalidad, su chispa, su apego al quehacer y al compromiso, su consabida costumbre de compadecerse por distintas injusticias y vicisitudes cuando es una de las personas más fuertes que conozco; pero en realidad, si nos ponemos trascendentes, aceptamos que su temperamento la lleva del contento que roza la felicidad a luchar contra la depresión y suele sentirse ajena a su entorno por no haber sido niña-niña como sus primas indiferentes a las voraces lecturas, ni estudiante-estudiante porque trabajó desde los quince años huérfanos, ni casada-casada por no concebir hijos, ni mujer-mujer por inseguridad o por una independencia que la marcó desde el principio, cosa esta

última contradictoria Me encantan sus casas de guanajuatense distinguida, la que tenía en la calle El Naranja de Santa María la Rivera decorada con un barroquismo propio de su fantasía, y la que ahora vive en General Cano. Imagino las que habitaron sus parientes en Celaya, el casco de la hacienda Ojo de Agua perteneciente a su familia o la de Guanajuato donde su madre la trajo al mundo en un cuarto cercano al Teatro Juárez que no se le quitó de la cabeza y acabó inspirándole un texto entero. Confiesa que nació para vivir dentro de la casa y que quizás por eso las casas son una obsesión en su literatura.

Adoro que haya estudiado para licenciada en letras y escenógrafa por la UNAM y sus dotes de anfitriona excepcional que antes de llevarlos a la mesa, recibe a sus invitados en una especie de invernadero para tomar tequila con limón y abrir el apetito. Su computadora ocupa una pared frontal. No resulta nada extravagante que haya elegido ese lugar como



María Luisa "La China" Mendoza

el claustro necesario al cumplir sus tareas cotidianas ante el teclado. Comparto su amor por los animales y alabo que los defienda, no sólo aprovechando cargos públicos, sino en su periodismo y en un delicado trato íntimo dispensado a los innumerables perros que pueblan sus páginas o se tienden a sus pies para escucharla pensar en voz alta según suele y a los gatos que han dormido sobre su cama. De vez en cuando recuerdo su habitación. Deja constancia del terruño lopezvelardeano con bisillos blancos, cojines tejidos en crochet y mecedoras. Deja constancia también de su niñez representada por una muñeca puesta en alguna parte esencial del espacio y de su gusto natural por las atmósferas a un tiempo confortables y bonitas (aunque ya sé, ya sé que el término resulta literariamente peligroso pero no encuentro otro que diga exactamente lo que quiero) y es que *iGuanajuato a la vista!* está presente, parece un sello que la marca, quizás con júbilo al recordar sus plazoletas, sus acueductos, sus mansiones y presas, sus títeres de barro, sus máscaras que olían a la cola usada por los carpinteros, sus charamuscas y sus borreguitos de azúcar. María Luisa nunca logra despegarse de su región a lo mejor con la nostalgia de las cosas no cumplidas, el recuerdo de la infancia que se vive al día sin pasado ni futuro y la necesidad de mantener señas de identidad.

Sin embargo sobre estos rasgos de carácter, lo que más admiro de La China es la forma en que encara una prosa que se permite un montón de libertades. Con su manera de mirar el mundo y describirlo halló su estilo desde la primera piedra de su carrera, sin parecerse ni imitar a nadie que no fueran algunos ritmos internos, los latidos de su corazón y la voluntad por seguir rumbos de caminos soñados. Sabe captar al vuelo lo que descubre sorpresivamente o lo que de pronto se le ocurre y con todo esto, además de haberse convertido en el mito del que antes yo hablaba, ha escrito una gran cantidad de libros y ha sostenido sin parar su labor periodística de la que da cuenta en "La O por lo redondo" convenciéndonos de su obstinación profesional. Para ella la fama ha sido como la montaña rusa, sube y baja y vuelve a subir. Ignoro si le importa o si ya se acostumbró al traqueteo, parte del oficio.

Pero lo bebido y lo bailado nadie se lo quita ni le quita los éxitos merecidos. Lo importante, lo verdaderamente destacable es que además de haberse manejado ante el micrófono puede enfrentarse a diferentes géneros literarios, la conferencia, el discurso, los prólogos, las presentaciones, el artículo, la novela, la crítica, los guiones cinematográficos, las memorias de viajes de las que dan constancia *Ra, re, ri, ro, Rusia ¡La URSS!* o *Crónica de un viaje a Chile*, que le valió el Premio Bernal Díaz del Castillo, el epistolario, *Cartas a una amiga*, y la biografía en la que me permito destacar *Retrato de mi gentedad* porque aparte de alabar sus virtudes me permite decir que a la China le encanta inventar términos que le acomoden, como si el extenso y nunca bien ponderado vocabulario del diccionario español no le bastara. No le basta seguir los cánones establecidos para titular sus libros, sino que con un fino olfato prefiere inventarles nombres que a nadie se le hubieran ocurrido y que revelan su peculiar sentido del humor.

Para bordar su autobiografía decidió recurrir a una técnica muy suya, desenredar el hilo de sus pensamientos como si fueran revelaciones que se encadenaran unas a otras. Ella misma dijo que había decidido juntar hoy-ayer-mañana, todo revuelto, en un solo relato enmarañado para auto describirse lo más verazmente que pudo yendo enterita a la gozosa inteligencia. Explicándose, explicándonos, porque la política le interesa tanto al punto de haberse convertido en diputada. Tal vez se lo debía a su padre muerto, al padre que merece constantes homenajes de páginas que por ser tantas dejan lugar para el desfile de esa gentedad rememorada, desde Ángela que vivió en una construcción del arquitecto Tresgüerras y acabó prisionera dentro de un nosocomio infamante hasta los próceres lugareños antecedentes de su árbol genealógico. Y a pesar de que La China recogió un verso de Ch'ilam Balam de Chumayel aceptando estremecida que toda luna, todo año, todo día y todo viento pasan, descubrió hace mucho en la escritura el paraíso particular y reconfortante destinado a curar heridas, la única posibilidad de contrarrestar el tiempo por un tiempo. 📖

Francesco Taboada: "La Revolución mexicana es el génesis del indigenismo del EZLN y del Alba"

MARIO CASASÚS

El Búho 10

En entrevista con *El Búho*, Francesco Taboada Tabone (1973), analiza la conmemoración del Centenario de la Revolución mexicana: "El gobierno de México poco conoce sobre la Revolución. Es un gobierno títere de Estados Unidos. Lo que haga o deje de hacer para recordar el Bicentenario o la Revolución poco tiene que ver con los anhelos y la conciencia del pueblo de México. Como lo dice Armando Soriano: 'No hay que olvidar que el 20 de noviembre se cumplen cien años de la Revolución y que los Pueblos Indígenas sabemos el papel histórico que nos corresponde hacer'".

el director de: *Los Últimos Zapatistas* (2004); *Pancho Villa, La Revolución no ha terminado* (2007); *13 Pueblos en defensa del agua, el aire y la tierra* (2009); *Tin Tan* (2010) y *Maguey* (2010), ya está rodando el documental: *Revolución Bolivariana*, "La idea surgió después de la invitación que tuve para participar en el programa *Aló Presidente* en Caracas. Ahí el comandante Hugo Chávez me hizo ver el paralelismo que existe entre la historia de México y la de Sudamérica. El *bolivarianismo*, así como el *guevarismo*, tienen su génesis en la unión de varios pueblos. Este concepto fue llevado a cabo por varias naciones indígenas hasta antes de la conquista. El movimiento indigenista del EZLN, de Evo y el *bolivarianismo* del Presidente Hugo Chávez, de las naciones del ALBA, son el paso actual hacia la completa liberación".

MC.- ¿Por qué tus documentales sobre la Revolución mexicana tienden a enfocarse en la tradición oral?

FT.- La tradición oral ha sido un pilar fundamental en la transmisión de conocimientos en Mesoamérica. A través de los programas de alfabetización y sobre todo con la introducción de la televisión en áreas rurales e indígenas, la oralidad ha perdido protagonismo, pues ha sido excluida de la educación formal. Con la pérdida de la tradición oral están desapareciendo conocimientos ancestrales, instrumentos musicales que acompañaban a los corridos como es el caso del bajo quinto, idiomas completos como es el caso del kiliwa o el aguacateco. Prácticamente esta pérdida lleva a las comunidades al etnocidio. Por eso para nosotros es importantísimo que nuestras películas sean una herramienta para la conservación de la tradición oral.

MC.- ¿Por qué eliges al zapatismo y al villismo para tu filmografía e historiografía?, ¿cuál era el proyecto de ambos revolucionarios?

FT.- Ambos movimientos representan al pueblo campesino, es decir, a los verdaderos mexicanos. Hoy en día, los movimientos en resistencia que están por todo México reivindican las figuras de Zapata y de Villa como iconos de esperanza. Los mexicanos no se sienten atraídos por personajes como Carranza, Obregón o Calles debido a lo débil de su ideología. El zapatismo es la evolución del México indígena dentro de un contexto de opresión. Tanto Villa, con sus decretos agrarios, como Zapata, con su Plan de Ayala y distintos manifiestos, tenían un proyecto de nación que los actuales gobiernos no tienen.

MC.- ¿Cómo entender la Revolución mexicana dentro del contexto latinoamericano?

FT.- Es la primera Revolución del siglo. Su peculiaridad y éxito se debe a que respondía a un llamado genuino a la

justicia basado en un proyecto propio. La revolución campesina en México no importó modelos de ningún lado. Se gestó dentro de nuestra propia cosmovisión. Eso fue determinante en su éxito y motivó decenas de movimientos en el resto del continente: Sandino en Nicaragua; Farabundo Martí en El Salvador; Pedro Pérez Delgado “Maisanta” en Venezuela; Luis Carlos Prestes en Brasil; Hipólito Yrigoyen en Argentina. Más reciente es la estela de zapatismo que reivindica el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas o los movimientos revolucionarios de Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela y el movimiento indígena del Ecuador.

MC.- *El historiador Francisco Pineda documentó la solidaridad que recibió el zapatismo desde Cuba –el poblano Genaro Amezcua viajó a La Habana en marzo de 1916-; Estados Unidos –Octavio Paz realizó gestiones en Norteamérica- y desde Uru-*

guay –con María Collazo fundadora del periódico La Batalla en Montevideo-, ¿el zapatismo tenía una perspectiva para analizar e incursionar en la política internacional?

FT.- Sin duda. El zapatismo se concibió a sí mismo como la oportunidad de reinventar el mundo y para eso necesitaba la solidaridad de otros movimientos y el reconocimiento. Principalmente esto se advierte cuando Zapata toma conciencia de que el movimiento nacido en su pueblo, Anenecuilco, se convierte en la única opción concisa, estable e histórica para cambiar la estructura político-social mexicana. Cuando llegan los anarquistas a la provincia de Morelos la red zapatista se extiende fuera de su territorio habitual.

MC.- *¿De qué forma intervino el gobierno de Estados Unidos para propiciar la derrota militar del zapatismo y del villismo?*



Aída Emart

FT.- He escuchado a varios investigadores defendiendo la tesis de que Venustiano Carranza era un “nacionalista anti yanqui”. Si se estudia la historia desde el villismo, queda muy claro que Venustiano Carranza y su sucesor Álvaro Obregón, trabajaban en estrecha relación con el gobierno de Estados Unidos. Es por eso que Estados Unidos permite al ejército *carrancista* trasladarse a través de territorio estadounidense y sorprender a Francisco Villa en Agua Prieta. También a eso se debe que los gringos dejaron de venderle armas a Villa y siguieron fortaleciendo a Carranza. Por eso Pancho Villa invade territorio estadounidense en 1916. También es cierto que el presidente de Estados Unidos puso como una de las condiciones para reconocer a Obregón que éste se deshiciera de Francisco Villa.

MC.- *¿La Revolución mexicana terminó con la muerte de Emiliano Zapata y Francisco Villa?, ¿qué país e inspiración dejaron?*

FT.- Dejaron un México consciente de que la lucha de liberación no ha terminado. Como me lo dijo Felipe Ramos, un veterano zapatista, “esta revolución no la empezamos nosotros, la empezó nuestro abuelo Cuauhtémoc”.

MC.- *¿Qué tipo de conmemoraciones se realizaron para el Centenario de la Revolución mexicana?, ¿o el Bicentenario acaparó la agenda cultural?*

FT.- Conmemoraciones vacías. El gobierno de México poco conoce sobre la Revolución. Es un gobierno títere de Estados Unidos. Lo que haga o deje de hacer para recordar el Bicentenario o la Revolución poco tiene que ver con los anhelos y la conciencia del pueblo de México. Como lo dice Armando Soriano, indígena de Xoxocotla: “No hay que olvidar que el 20 de noviembre se cumplen cien años de la Revolución y que los Pueblos Indígenas sabemos el papel histórico que nos corresponde hacer”.

MC.- *Con el Centenario, ¿los historiadores reaccionarios reeditaron su versión antizapatista y antivillista de la Revolución?*

FT.- Claro, es explicativo del desprecio que los gobiernos de México tienen por la Revolución cuando este año le otorgan el premio de ciencias y artes a Enrique Krauze, un historiador burgués conocido por su antizapatismo y

su gran amor por las familias Creel y Terrazas, enemigas acérrimas del pueblo, a quienes Villa combatió siempre. Krauze es además miembro del Consejo Editorial de Televisa, la empresa responsable de la ignorancia en México. A nivel internacional se repite el odio que las oligarquías le tienen a los movimientos revolucionarios, por eso premiaron a un enemigo de los movimientos indígenas de América, Vargas Llosa, con el Nobel de literatura.

MC.- *Para Latinoamérica, ¿el zapatismo y el villismo mantienen vigencia en pleno siglo XXI?, ¿el EZLN continúa en la búsqueda de los acuerdos de la Convención de Aguascalientes?*

FT.- En la Convención se aprobó el Plan de Ayala como el único programa revolucionario. Fue la unión de todos los movimientos en armas. Obviamente, el racismo de Carranza, lo obligó a no aceptar la Convención de Aguascalientes y con el apoyo de Estados Unidos se dedicó a combatir a Francisco Villa y a Emiliano Zapata. En honor a la unión revolucionaria, el EZLN nombró así en una primera instancia a las comunidades autónomas.

MC.- *Finalmente, ¿cómo surge la idea del documental Revolución Bolivariana?, ¿encontraremos un hilo conductor entre la Revolución mexicana y la Revolución bolivariana?*

FT.- La idea surgió después de la invitación que tuve para participar en el programa “Aló Presidente” en Caracas. Ahí el comandante Hugo Chávez me hizo ver el paralelismo que existe entre la historia de México y la de Sudamérica. El *bolivarianismo*, así como el *guevarismo*, tienen su génesis en la unión de varios pueblos. Este concepto fue llevado a cabo por varias naciones indígenas hasta antes de la conquista. Es a partir de la invasión española que la idea de unión entre los pueblos originarios toma una fuerza mayor, con el objetivo de lograr la liberación de las naciones colonialistas. Esta fuerza sigue adelante. La Revolución mexicana fue una etapa dentro de este proceso histórico. El movimiento indigenista del EZLN, de Evo y el *bolivarianismo* del Presidente Hugo Chávez, de las naciones del ALBA, son el paso actual hacia la completa liberación. 🇵🇷

Centenarios: entre lo perenne y lo efímero

JORGE BRAVO

Con el espectáculo de luz y sonido *Yo México*, presentado en el Zócalo capitalino, concluyeron las conmemoraciones por el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución. Espectáculo fallido y demagógico (casi al final se arenga a los miles de asistentes a que exijan sus derechos y a cambiar el rumbo del país), simboliza el fracaso para encarar el pasado, quizá porque tampoco se sabe cómo enfrentar el futuro. Como dijera el historiador Edmundo O’Gorman, México sigue atrapado en el trauma de su historia.

Ni el gobierno federal ni la oposición supieron encontrar la cuadratura al círculo para enfrentar los festejos, que iniciaron cuando el ex presidente Vicente Fox nombró a Cuauhtémoc Cárdenas responsable de las celebraciones (junio de 2006). Los múltiples cambios que se sucedieron en la comisión correspondiente fueron sólo un ejemplo de la descoordinación, pero sobre todo de la falta de proyecto y de congruencia.

EL PRI, que tuvo en sus manos alcanzar las metas de la Revolución durante 71 años, las omitió o las desvirtuó. El PRD no tuvo mayor trascendencia; en la Ciudad de México el gobierno capitalino se limitó a remozar algunas vialidades, sin mayor perennidad histórica, creyendo que llevar la cultura al pueblo consiste en ofrecer conciertos en el Zócalo de artistas de Televisa. En Guanajuato –epicentro de gestas libertarias pero también amalgama de rancio conservadurismo– se criticó a su gobernador (de presumible filiación yunquista) por despilfarrar dinero, pero al menos constru-

yó su Expo Bicentenario, la cual permanecerá para realizar múltiples actividades culturales y económicas.

El PAN, en cambio, se topó ante una disyuntiva ideológica. La Independencia nos liberó de la colonia española y de la preeminencia eclesiástica, pero en pleno siglo 21 el panismo colocó las relaciones diplomáticas con España en su nivel más alto (para distinguirse del PRI y por convicción) y los inversionistas ibéricos establecieron estrechas relaciones con la élite política emanada de la alternancia, incluidos privilegios y prebendas. Se habla de la segunda colonización, esta vez ya no con la espada y la cruz, sino con los bancos y la telefonía.

Al mismo tiempo, la Iglesia católica retomó una enorme beligerancia política y social, al grado de que se puso en duda el Estado laico en México en temas como el aborto y los matrimonios entre personas del mismo sexo, sin mencionar el beso de Fox al “anillo del pescador”.

Con el tema de la Revolución el PAN también se mostró ambivalente. El cuestionamiento a los privilegios de las empresas extranjeras, de los latifundistas y del entonces partido científico contrastan, cien años después, con la hegemonía de los corporativos transnacionales, los monopolios y oligopolios nacionales y un sistema partidocrático nefasto por cuanto coopta los espacios de participación política, impone las reglas del juego, las viola inmediatamente después y establece acuerdos de gobernabilidad con base en intercambios de poder e impunidad.

El PAN olvida que también es un vástago de la Revolución; su fundador en 1939, Manuel Gómez Morán (a quien tanto se le cita en discursos blanquiazules), instituyó el Banco de México y fue rector de la UNAM. Hombre de políti-

ca, economía, cultura e instituciones de una generación extraordinaria. Por ese hecho es incongruente que el gobierno panista pretenda escamotear el presupuesto universitario. Por ese origen resulta descorazonador que Felipe Calderón haya dicho, durante la reinauguración del Palacio de Bellas Artes, el 20 de noviembre, con motivo del Centenario de la Revolución, ignorante de su ignorancia, que “México necesita de más artistas que detonen la reflexión en el país... Necesitamos muchos más elementos que nutran el alma, el sentido y el espíritu de los mexicanos, todo eso que sólo la cultura puede dar” (*Milenio*, 20-11-10). Pero, en cambio, ni en los hechos ni en los presupuestos se apoya a la cultura, desvalorizada en el transcurso de una década.

El presidente no lo sabe, pero nuestro país ha destacado por su cultura y sus artistas. Si algo sobra en México son las expresiones culturales y artísticas, tanto populares como “cultas”. Si algo conservamos de prestigio internacional es gracias a nuestros creadores y diversidad cultural. ¿Qué retomaron los organizadores del desfile conmemorativo del 15 de septiembre?: nuestra cultura, ¿de qué otra cosa podían asirse?

Acción Nacional simbolizaba el acceso democrático al poder, la participación ciudadana y la iniciativa privada. Profesaba la disminución de los impuestos, la abolición de los monopolios, el libre mercado y la eficiencia empresarial. Pero nada de eso se ha cumplido. Si ya Daniel Cosío Villegas había hablado de la muerte de la Revolución Mexicana, por cuanto había fracasado en sus promesas de justicia social y democracia, quizá la vertiente conservadora-empresarial del movimiento –el fundado por Gómez Morín y expresado en políticas neoliberales hasta el ascenso del PAN– tampoco fue exitoso. ¿Segunda, tercera, cuarta muerte de la Revolución?

Así, aquello que se buscó destruir con sendos movimientos armados sigue formando parte de la ideología panista: tradición y desigualdad (entendida en el sentido de que no todos somos iguales y, por lo tanto, no todos pueden poseer lo mismo). ¿Cómo conmemorar acontecimientos que buscaron erradicar lo que hoy sólo son palabras? Antes se decía que la Revolución nos haría justicia. Ahora

nos quieren hacer creer que el libre mercado y la competencia sí lo conseguirán.

Y es que el PAN no ha logrado –o no le alcanzó el tiempo para– crear sus propios próceres de la modernidad, a los cuales exaltar y proponer como nombre de calles: Manuel Clouthier es un mito; Luis H. Álvarez no ha logrado que se resuelva el conflicto en Chiapas; el intelectual Carlos Castillo Peraza no consiguió reproducir su ilustrado ejemplo dentro del panismo; Vicente Fox desacralizó la institución presidencial; Carlos Abascal Carranza fue un ideólogo de la moralidad trasnochada; Juan Camilo Mouriño es, por lo menos, un mártir de la ineficiencia, y Felipe Calderón desató una guerra contra el narcotráfico que ya lleva 30 mil muertos... Nada de qué ufanarse.

Por si fuera poco, ¿cuál es el monumento que recordaremos dentro de cien años, como representativo del Bicentenario y el Centenario? En un momento del espectáculo multimedia *Yo México* –para dar entrada al periodo moderno y contemporáneo– se proyectan y circulan por las fachadas de los edificios que circundan la Plaza de la Constitución el nombre de las instituciones del país. Y entonces recordamos que el PRI fue el gran creador de instituciones, al mismo tiempo que su principal corruptor. El PAN se limitó a construir el Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI), pero es su enemigo más acérrimo porque al no creer en el derecho a la información y la transparencia, deja de impulsar su fortalecimiento.

El dilema radica entre lo permanente y lo efímero. Entre lo bien hecho y lo mal hecho. El problema de *Yo México*, como obra para conmemorar los centenarios, no radica en su carácter de espectáculo masivo y virtual, sino en su nula permanencia en la historia. No tiene nada que ver con que sea una obra basada en la tecnología, luces y sonido sino en su escasa trascendencia, por mal hecha, incluso propagandísticamente. Los realizadores llegan al grado de colocar como canción paradigmática de la cultura mexicana *Yo no fui*, cantada por Pedro Fernández: “Si te vienen a contar cositas malas de mí. Manda todos a volar y diles que yo no fui...”

Para perdurar, la historia requiere un soporte, un lugar donde sujetarse y echar raíces, para que todo mundo la recuerde. ¡Qué terrible paradoja! Las conmemoraciones parecieron más bien un gran homenaje a Porfirio Díaz:

Se recordó el centenario de la Universidad Nacional (hoy UNAM), una institución creada por el porfirismo. El monumento que rememora nuestra libertad es la Columna de la Independencia (comúnmente llamado Ángel de la Independencia), erigida por el dictador Porfirio Díaz: lugar de encuentro de aficionados al fútbol pero también de auténticos patriotas; donde Vicente Fox escuchó de la eufórica multitud –la histórica noche del 2 de julio de 2000– el clamor de “no nos vayas a fallar, no nos vayas a fallar”, así como imagen emblemática del gobierno de Marcelo Ebrard.

La construcción que simboliza la gesta bélica de 1910 es el Monumento a la Revolución, cuya primera piedra colocada el 23 de septiembre de 1910 fue a manos del presidente Díaz, para lo que sería la sede del Poder Legislativo.

El recinto por excelencia de la cultura nacional, el Palacio de Bellas Artes, fue encargado por don Porfirio para conmemorar el Centenario del inicio de la Independencia... Eso habla de un afán de trascendencia. De querer ocupar un sitio en la historia. De existir y al morir... permanecer.

En cambio, en las conmemoraciones de 2010 el gobierno no se preocupó por dejar su legado en la historia a través de un monumento, más allá de luces, sonidos y fuegos de artificio. Tal vez sea mejor. Por lo pronto, esperemos a 2110 para ver qué se nos ocurre hacer. Como dijera don Justo Sierra en su discurso de inauguración de la Universidad Nacional: “el fondo de todo problema, ya social, ya político (...), implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación”. Tenemos cien años para planear y concebir los próximos centenarios. Pero también para educar a quienes gobernarán México.

beltmondi@yahoo.com.mx



Elizabeth H. Sicilia

El buen ladrón

MIGUEL MARTÍNEZ*

Ganador del XXXIX Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés

El jurado estuvo integrado por Javier Perucho, Alberto Chimal y Héctor Carreto

El Búh 16

Toño Morales despertó a las seis de la mañana ese día, y como siempre apagó su alarma y volvió a dormirse por veinte minutos. Al levantarse de la cama se fue al baño, se lavó la cara y mientras hacía lo mismo con los dientes, pensaba en el cansancio que tenía, en la tremenda tentación de no ir a trabajar y quedarse a dormir hasta las diez, “como la gente rica”, pensó.

Mientras se daba un baño, su esposa Griselda freía los huevos en la sartén, al tiempo que su hija Lupita, todavía algo modorra, le ayudaba a envolver los *lonches* del día: el suyo propio y el de su padre, que no comía cebolla.

Después del desayuno se despidió de su hija de un beso en la frente, tal como acostumbraba, y le dijo que pusiera mucha atención en sus clases. Puso el *lonche* que le correspondía en su pequeña mochila negra y besó en la boca a su mujer, con un beso entre tierno y romántico, que recordaba a un par de abuelos paseando en la Alameda.

—Que Dios te bendiga, Toñito —dijo Griselda dándole su bendición, y santiguándolo como hacía todas las mañanas.

—Ya lo hizo poniéndolas a ustedes en mi vida.

Se despidió otra vez, con un guiño dirigido a la estufa, para que las dos mujeres de su vida no se lo pelearan, y salió de su casa a las siete de la mañana a tomar el metro en la estación San Bernabé.

Se bajó en la esquina de Cuauhtémoc y Colón para esperar pacientemente el camión de la ruta dos, que le tocaba para esa hora según el plan que cuidadosamente había diseñado el domingo. El camión llegó, como siempre, lleno de gente, en su mayoría estudiantes que se dirigían al área médica de la Universidad, pero también varios señores que como él, se disponían a iniciar una semana más de trabajo.

Le pagó al conductor un boleto *grande* y al recibirlo, sacó de su pantalón el cuchillo puntiagudo de cocina, mostrándolo en el aire, apuntando al cielo.

—¡Señores pasajeros, su dinero o su cuello! —dijo con voz severa, pero tranquila, como un tío abuelo que regaña desde su mecedora.

Uno a uno le fue entregando la cartera, los dijés y anillos de matrimonio, así como las bolsas de mano y los celulares.

—Quédese con sus credenciales señora, no me sirven para nada.

Un alumno de la facultad de psicología le sostuvo la mirada y cuando le tocó su turno le exclamó con voz de prisionero pidiendo clemencia:

—Por favor señor ladrón, déjeme sacar mis libros, no los he terminado de leer y además son de la biblioteca...

—Ándale, apúrale hombre, que la escuela es primero, pero la panza también. Saca tus libros, es más, dame la pura mochila... ¡apúrale!

Los demás pasajeros que quedaban por ser despojados de sus pertenencias, entendieron rápidamente el mensaje y comenzaron a seleccionar el material de entrega, las señoras se ocultaron los billetes de cien en el sostén, dejando la morralla y uno que otro billete de 20 o de 50 en la car-

tera, un anciano se puso el anillo de matrimonio en la boca, y los estudiantes sacaron sus libros y los mp3 de la mochila.

–Ése sí me lo das, no seas bañado, no abuses– le dijo Toño al joven que desesperado trataba de ocultar su reproductor de música – ...una cosa son los libros, esos te sirven más a ti, al cabo que nadie los compra, pero celulares y aparatejos se van con Miguelito.

Como el camión estaba muy lleno, se limitó a seleccionar sólo a ciertas personas, de acuerdo a un perfil cuidadosamente estudiado en sus clases de reclutamiento.

En pleno semáforo, y con la mochililla negra medio llena de mercancía y dinero, Toño Morales descendió del camión por la puerta de atrás, no sin antes agradecerle a los pasajeros, y por supuesto al chofer, su colaboración, deseándoles un buen día a todos. Así procedió su jornada habitual, de un camión por ruta, y sólo un sector por día de la semana, tal como había aprendido en su capacitación.

Ese día, después de hacer su trabajo en las rutas 23, 35 y 38, caminando por la calle le preguntó la hora a una señora que pasaba cargada de bolsas del mandado.

–La una quince, joven.

–Gracias, señora. Que tenga buen día.

Se dio cuenta de que tenía hambre. Se sentó en una parte solitaria de la calle para abrir su mochila y comerse el refrigerio que su esposa le había hecho. Le supo delicioso. Con una sonrisa en el rostro comenzó a caminar hacia la parada del camión que lo llevaría a la estación del metro más cercana. En el camino se topó con una iglesia. Se santiguó y pasó de largo algunos pasos. Se paró en seco de repente, y decidió retornar e ingresar al discreto templo. Ya adentro, se secó el sudor de la frente con el dorso de su mano y buscó una banca solitaria al frente, volteando nervioso hacia los lados. Pocas personas se encontraban allí, a esa hora, orando en silencio.

–Gracias, diosito, por darme tantas cosas. Cuando más te pedí que me ayudaras para llevar dinero a la casa, me diste este trabajo que nos ha ayudado a salir adelante, poco a poco. No te voy a negar que, pues –miró un poco apenado el crucifijo del altar– nos hace falta un poco más, pero tú bien sabes que uno nunca está conforme... Te pido por

Griselda y por Lupita, que necesitan tanto tu protección...

Siguió murmurando oraciones agradecidas. Se santiguó y se retiró del templo, con una sonrisa de sincera mansedumbre.

En la calle, mientras caminaba rumbo a la esquina, un peatón lo abordó rápidamente por detrás, acorralándolo a la pared.

–Dame lo que tengas en la mochila, cabrón.

–Amigo –dijo Toño, con el ceño fruncido– traigo lo que tengo que darle a la familia. No seas gacho, es la raya de hoy. Soy de los tuyos, esto es lo que llevo en mi turno de los camiones. Además, todavía le tengo que dar al patrón la cuota del día.

–Pendejo –le dijo el otro ladrón, con una sonrisa cruel en los ojos– yo no soy de los tuyos. Yo trabajo por mi cuen-



Carlos Reyes

ta. Pero para que veas que soy bueno, cáete con doscientos varos, puto.

–Te encargo que sin maldiciones, colega. No seas gacho –miró de reojo la pistola que su contrincante le mostraba a la altura del abdomen. Tú bien sabes que a mi sólo me toca una parte de lo recolectado. Tengo familia, vato.

–Já... tas bien empinado, güey. Encima con familia. ¿No sabes que este oficio es para gentes solas? Te me vas a morir de hambre –lo miró de los pies a la cabeza con una expresión de desprecio. Dame 200 y un celular o aquí te quedas y no la cuentas.

Toño le entregó lo que pedía, con un rostro lleno de tristeza. Doscientos pesos era toda una fortuna en los dedos de Griselda, que administraba el dinero de tal forma, que convertía monedas en verduras como por arte de magia.

–Y cuidadito y peinas o me vuelves a ver. Yo nunca olvido una cara.

–Que Dios te bendiga, hermano –dijo Toño con un tono sincero, mientras veía cómo su rival-colega, corría y desaparecía entre la gente que abordaba un camión en la otra esquina.

Camino a su casa, derramó una lágrima sencilla, que rápidamente ocultó con la yema de su dedo. Se animó pensando que quizá su agresor necesitaba ese dinero más que él mismo y su familia. La situación tan crítica que el país atravesaba, obligaba a mucha gente a trabajar sin patrón y sin valores, haciendo mal las cosas, de manera chueca. Él se sentía seguro trabajando para alguien y haciendo de la profesión algo digno, sin violencia, respetando siempre el espacio y la dignidad de sus asaltados. Dada la terrible situación económica, no podía esperar lo mismo de sus semejantes.

Pensaba en todo esto, mientras por la ventanilla veía pasar a la gente por las calles. Veía o creía ver en sus rostros la misma desesperación. El miedo, el hambre, la resignación, habían hecho que mucha gente perdiera no sólo cosas materiales, sino su tranquilidad o hasta su familia. Él se rehusaba a perder tanto.

Al entrar a su casa sus penas se aliviaron. El aroma único de su hogar se le untó como un bálsamo en la piel. Silbó como de costumbre, saludando a su mujer que se hallaba en la cocina.

–¿Cómo te fue, Toñito?

–Bien, mi Gris –mintió, mientras le daba un beso en la mejilla. Algo bajo este día, pero siempre hay mejores. Aquí está lo que nos toca, mañana tengo que ir con Don Pablo, pa’ las cuentas.

–Está bien, gordo. Dios proveerá. Con esto nos alcanza y hasta postre tendremos mañana. Y yo estoy ahorrando pa’ la escuela de la niña, no te apures. Ahora descansa un poco. La comida estará lista en un rato.

–Ahorita me echo un sueñito y me avisas. Hoy me voy antecito de las cinco al taller. Tengo que hablar con don Pepe.

–¿Quieres que te sirva ya? Lupita está en su cuarto.

–No, coraza. Aquí mero espero. Pa’ que comamos juntos, como Dios manda.

–Por algo hace Dios las cosas, Toñito –dijo ella, mientras probaba el sabor de su guiso.

–¿Te acuerdas cuando estabas en la fábrica, todo el día y ni te veíamos? Ahora sacamos lo mismo, pero comemos juntos, como familia.

–Yo lo sé, mi Gris. Yo lo sé.

Sentado en la sala, veía las fotos familiares. La cara de Lupita al año de nacida, a los tres cumplidos, a los cinco. La foto de la boda. Se esforzó por reconocerse afortunado y lo logró en un tiempo razonable. Se quedó dormido, arrullado por el trañín de la cocina y la voz que le llegaba, susurrando, del noticiero de la tele.

–Más asaltos a lo que viene siendo los camiones urbanos, licenciada...la situación se ha vuelto insoportable. Muchos prefieren caminar...

* Nació el 19 de octubre de 1984, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas pero desde hace casi siete años radica en Monterrey, Nuevo León. Se graduó del área clínica de la licenciatura en Psicología por la Universidad Autónoma de Nuevo León y actualmente cursa el Doctorado en Estudios Humanísticos, especialidad en Ciencia y Cultura, en el Tecnológico de Monterrey.

Participó en el taller de creación literaria “Los alientos del conejo” a cargo de Waldemar Noh-tzec y obtuvo una mención honorífica en el Certamen de Literatura Joven Universitaria UANL 2008. 🐰

Salón Rojo

FEDERICO VITE LÓPEZ*

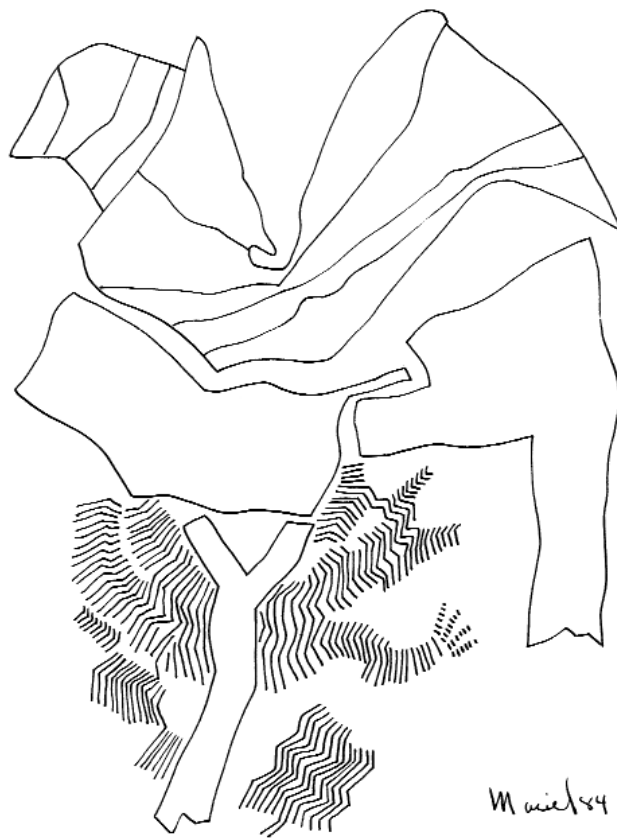
Ganador del Premio Nacional de Fantasía y Ciencia Ficción

Soy Miller. Durante semanas vigilé a Dostoievski, a quien defino como un excelente novelista de vampiros, pero lamento que tras haber desmembrado a un ángel haya dedicado todo su tiempo en prisión a escribir un libro absolutamente realista.

Dosto, así denominaron al artista en el expediente, es un hombre maduro de cara larga, caballuna se diría, y espesa barba negra de sabio. Aparecía con frecuencia en los noticiarios televisivos; gozaba de amplio reconocimiento en el ámbito intelectual del país, pero comenzó a relacionarse con personas de historial sedicioso. El caso me fue asignado porque los altos mandos se enteraron que Dosto preparaba una rebelión. Comencé a escuchar sus grabaciones telefónicas; básicamente charlaba acerca de personajes mitológicos: arcángeles, demonios, sirenas y quimeras. La persona con la que más conversaba era Hans Backovick, cineasta refugiado en el Estado desde hace veinte años y cuyo único proyecto conocido es *Natura*; este sospechoso aún habla con acento ruso, sale muy pocas veces de su casa debido a una sanción que le fue aplicada por denigrar a la Bandera Nacional en un poema de escasos recursos literarios. Backovick, a pesar de que usa una silla de ruedas para

desplazarse, es considerado una persona agresiva, sumamente peligrosa.

De las pláticas que escuché vía telefónica, recuerdo con claridad una conversación relacionada con un peruano, quien estaba dispuesto a vender el ángel que había capturado en Machupichu. Backovick afirmó que si lograban hacerse de ese tesoro, entonces tendrían todo listo para un



Leonel Maciel

filme nuevo, poderoso e inusitado. Dosto guardó silencio durante varios minutos; Backovick comenzó a gritar que todos eran traidores y lamentaba mucho haber confiado en un escritor cobarde. Era difícil captar todas las palabras, mantenía el tono agreste de su lengua natal.

–¿Mek oyess, mugrosso?

–Cuenta con lo del dinero; yo puedo conseguirlo –surró Dosto y dio por terminada la llamada.

Informé que la intención de los dos escritores era buscar patrocinio para filmar una película. Mis superiores exigieron mayor atención a los movimientos de Dosto. Comencé a seguirlo a todas partes y descubrí que frecuenta El perro vagabundo, peculiar café donde la mayoría de los clientes son actores y estudiantes de filosofía; también disfrutaba nocturnas estancias en El Violetas, divertido table dance en el que todos los parroquianos beben hasta perder la conciencia.

Uno de los hechos más extraños que he presenciado en mi vida fue ver a este hombre escribir en servilletas que después engulló; acompañaba su alimento con abundantes tragos de ginebra. Se levantó de su mesa y entró al camerino de las bailarinas. Salió abrazado de dos mujeres de avanzada edad; la mayor dijo:

–Háblame de filosofía, barbón.

Se instalaron en una mesa muy cercana a la mía; escuché con atención gran parte de la charla. Más que intercambiar opiniones, Dosto se encargó de monologar acerca de libros y frases tremendistas. “Somos una broma de Dios. Este mundo se hizo para estar encadenado. El amor es coartar la libertad”, afirmó desafiante. Se limitó a tocar el pecho de su acompañante y a beber ginebra para darle rumbo ameno a la noche. Por la madrugada, salió del table dance y antes de abrir la puerta de su casa orinó en la banqueta. Dormí en el auto; mi ingestión de ron había sido considerable.

Por la mañana, Dosto salió rumbo a El perro vagabundo. Decidí adelantarme y esperarlo con un capuccino en la

cafetería. Leí varios diarios; muchos de ellos tenían exactamente las mismas notas: daban cuenta de la enorme generosidad de los gobernantes. Fumé unos cuantos cigarrillos; bebí un par de tazas de chocolate frío. El azúcar restablece mi ánimo en días de parranda. Afortunadamente para mí, esa mañana la dedicó Dosto a escribir. A mediodía salí a redactar mi informe. Mencioné algunos aspectos breves de la estancia en El Violetas.

He perturbado la intimidad de la casa de Dosto. Leí algunas de sus anotaciones. Posee abundantes apuntes acerca de la película que pretende filmar: *El fin de todo el mundo*. “Busco imágenes que harán pensar en la posibilidad del odio como medio de convivencia. Necesito sentarme a la belleza en las piernas e injuriarla”, escribió. Algunas de las páginas de la libreta muestran bocetos de monstruos alados que rodean el planeta. Mis informes precisan que esas bestias son los personajes de la siguiente novela, un proyecto realmente ambicioso.

Dosto acordó por teléfono una cita con Hans Backovick. Mencionaba la necesidad de trabajar lo más pronto posible en *El fin de todo el mundo*. La reunión fue en el cine Salón Rojo. Proyectaron *Blue Velvet* esa noche. Se saludaron en el vestíbulo. No reconocí el rostro de Hans, surcado por arañones, avejentado. Entraron a la sala. Dosto caminaba junto a la silla de ruedas. Esperé unos minutos para descender del auto y comprar mi boleto.

Dosto estaba muy cerca de la pantalla, junto a un hombre vestido de negro, pero no pude ver dónde se había instalado Hans. Me senté junto a la entrada. Al término de la película fui al baño. En los mingitorios descubrí a un hombre desgarbado, alto: era Hans de pie. Entré a uno de los cubículos para evitar suspicacias. Espié por una de las rendijas de la puerta. Sólo pude apreciar la levita. Esperé un par de minutos y salí rumbo a mi auto. Debía notificar que Backovick no tenía problema alguno para desplazarse sin ayuda de la silla de ruedas. Antes de abordar el auto, un par de jóvenes se acercaron a pedirme dinero. Intenté abrir

la portezuela, pero un golpe en la cabeza me hizo perder la conciencia.

Al abrir los ojos noté que una capucha cubría mi rostro, aunque podía ver a tras luz un pasillo largo y estrecho, iluminado intermitentemente por una lámpara. Traté de levantarme. Mis manos habían sido inutilizadas por unas esposas; mi pecho y mis hombros fueron rodeados por una cadena que me impedía alejarme de un pilar. Oí un sollozo. Aguanté la respiración para tener la certeza de lo que había escuchado. Alguien pedía que lo dejaran libre. Era una voz casi infantil, musical. El sonido me produjo una relajación inmensa; me sentí liberado con sólo percibir lejanamente aquel lamento. Cerré los ojos y agradecí a Dios por ese instante de plenitud. Atrás de mí un objeto pesado cayó al piso. El murmullo de otras voces me recordó que no estaba en ninguna posición ventajosa. Me atemorice al escuchar el tacón de unas botas, un ruido que sólo podría explicarse si se piensa en bestias u hombres de dimensiones titánicas. Abrí los ojos esperando lo peor. Reconocí la voz de Backovick. Alguien pasó junto a mí con un objeto largo y dentado, era Dosto; se enfíló rumbo al pasillo. Tras él iban tres hombres más. Backovick fue el último en salir de la habitación donde me encontraba. Escuché alaridos, el motor chirriante de un aparato y gritos abominables que me erizaron la piel. Un vagido largo, agudo y desesperante dio fin a todo ese sufrimiento. Me sentí huérfano, perdido. Supuse que el siguiente torturado sería yo. Pero nadie regresó. Muchas horas después, un chico me descubrió ahí –el vigilante de un hotel a punto de la quiebra. Más tarde llegaron los guardias y me quitaron la capucha. Hicieron varias preguntas, pero me limité a decir que trabajaba para el Gobierno. Antes de cortar la cadena verificaron mi identificación. De inmediato me llevaron a las oficinas de los altos mandos y rendí un extenso informe.

Hans Backovick sigue desaparecido. Se le busca por atentar contra la vida de un informante gubernamental y por obstruir una investigación. Si lo encuentran, quedará el resto de su vida en la cárcel.

A Dosto lo detuvieron ese día. Estaba en su casa; con las manos se cubría el rostro. No opuso ninguna resistencia. Estuve presente en los interrogatorios que le hicieron, en el juicio y aún veo regularmente a este hombre. Fue sentenciado a cinco años de encierro por obstruir una investigación de Estado. En una de las visitas recientes, me acerqué a la celda para dejarle papel y tinta; me tomó de la mano y me vio fijamente a los ojos. De tan pálido que estaba, parecía un muerto. Sus rasgos caballunos se habían acentuado.

–Quería tener una idea de cómo gritaría Dios. Le corté las alas y vi su rostro; quedó tirado, inofensivo, blando. Lloraba sangre. Backovick se lo llevó a rastras. Vi el dolor. El dolor de la belleza.

Retiré mi mano de un jalón. Él comenzó a llorar y se enjugó las lágrimas con la palma de la mano.

–Gracias por las libretas –dijo sollozando.

–¿Está escribiendo, maestro?

–Sí.

–¿De vampiros?

–No. De algo más serio.

–¿Cómo se llama el libro?


–*Crimen y castigo*.

–¿Pero no habrá monstruos?

–De los que sufren.

Salí de la prisión pensando que si una novela no habla de horror, entonces carece de talento el artista. Es impropio para alguien brillante bocetar personajes reales, especialmente si ese novelista ha demostrado mucho oficio en contar la vida de los monstruos. Es una mala idea. Pésima elección.

* Ha publicado *De oscuro latir*, (Cuentos/Universidad de Guanajuato en mayo del 2008). *Fisuras en el continente literario* (Novela/ Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006 , reeditado en 2008 y de próxima aparición en francés y *Entonces las bestias* (Cuentos/ Instituto Cultural de Aguascalientes, 2003).

Ha sido merecedor de las becas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) 2010-2011, del Fondo de Estimulos a la Creación Artística de Guerrero (2009-2010), el Centro de las Artes San Agustín (2007) en poesía y de la Fundación para las Letras Mexicanas (2003-2004 y 2004-2005). 

Pidiendo posada

MARCELA DEL RÍO REYES

Ring... Ring... Al descolgar la bocina una voz, como cualquier otra, pidió a la oficina una ambulancia. Por la calle, una sinfonía de luces estimulaba la fiesta y la posada. Escaparates con nieve y santaclauses adornaban las avenidas y curiosos papeleritos miraban, a través de sus vidrios, los juguetes destinados a otros niños.

La ambulancia cruzó la esquina donde una empleada se reunía con su novio para ir al cine; iba sin llamar la atención, con la sirena en silencio, sin sumarse al bullicio vespertino y permitiendo que delante de ella fuera cruzando toda una muchedumbre que se lanzaba rápida a la compra de más y más regalos.

Del sanatorio sacaron un cadáver cubierto con un sudario blanco y subió el practicante a la ambulancia, paseando poco después por las calles su muda carga.

Anocheía, el joven practicante miraba con indiferencia las calles iluminadas ya, y repletas de juguetes. Nunca se habían visto tantas jugueterías, en tiendas, zaguanes y banquetas, era como si hubieran brotado de la noche. Una sonrisa cruzó por el rostro del joven practicante: pensaba en la novia, una muchacha de ojos azules que esa noche, mientras él la abrazara al compás de la música, le sonreiría con su mirada dulce.... ¡qué bien que ésta sea la última tarea del día!

Quedan atrás pinos y luces. El bullicio desaparece en la oscuridad de las calles, sólo de vez en vez surge una jacaranda o un árbol de trueno iluminados con foquitos de colores, en un ingenuo intento de hacerlos aparecer como pinos verdaderos.

A los pocos minutos se detiene la ambulancia en una callejuela empedrada. Desciende el practicante; dar una mala noticia, para él, es siempre una tarea más penosa que la de llevar a un muerto paseando por las calles. Mira el papel donde lleva apuntada la dirección y ve que ésta corresponde a una casucha de bloques de cemento, sucia y corroída. Toda la calle le hace sentir un leve temblor en los músculos al observarla,

como si la oscuridad se le fuera a ir encima, aplastándolo. Busca el timbre sin resultado y después de tres golpes secos en la puerta rechinante, ésta se abre.

Una mujer morena, de vestido humilde, lo mira extrañada.

–Disculpe señora, ¿vivía aquí el señor Casildo Pérez?

–Sí, señor, aquí vive ¿qué se le ofrece?

–Vengo del sanatorio del Seguro.

–¿Cómo sigue mi compadrito? Tanto que lo hemos extrañado.

–Tengo la pena de informarle que el señor Casildo Pérez ha pasado a mejor vida.

–¿Que mi compadre se murió?

–Sí, señora.

La mujer mira al practicante con ojos de rabia, como si él tuviera la culpa de lo sucedido, después, se internó en la oscuridad de su vivienda y el practicante sólo escuchó la voz, un poco chillona, de la mujer. “¡Oye, Pancho, se murió don Casi!”

No pasa mucho tiempo, después de aquel grito, cuando aparece en la puerta un hombre gordo, con la nariz rojiza de quien bebe frecuentemente.

–Ya me dijo mi mujer la triste noticia de mi compadre. ¡Que Dios lo tenga en su santa Gloria! Se lo merece después de tanto sufrimiento.

La mujer se asoma detrás del hombro del marido.

–¡Tan bueno que era don Casi! ¿Verdá Pancho?

–Sí, mujer. ¿Sabe usted –dice al practicante, que a todos los comentarios asumía una actitud compungida– su mujer lo dejó y nosotros le hicimos un campito, dormía ahí en la trastienda.

El practicante, entonces, repara en que junto a la pequeña puerta de madera hay un ancho zaguán con un letrero desleído en el que se distingue con dificultad un nombre: “La contentida”, y sobre él, otro letrero mucho más claro, pintado con brillantes colores “Beba Coca-Cola”.

–¡Si usted supiera todas las veces que le aconsejamos que no bebiera tanto! ¿verdá, Lupe?

A cada pregunta, la mujer suspiraba y gemía.

–Sí, Pancho. ¿Te acuerdas de las veces que nos decía que extrañaba a sus hijos y que quería verlos?

El practicante, con el respeto que le imponía el dolor ajeno, les pregunta con toda la consideración del caso dónde podía colocar el cadáver o si van a requerir Capilla...

–¡Eso sí que no!– dice la mujer, al tiempo que su voz, antes desmayada, recobra su vigor. Nosotros no podemos

enterrarlo, después de todo él estaba aquí como arrimado, además hoy hacemos una posada y ya hemos gastado mucho en la bebida y en la colación.

El hombre se sonó la nariz con gran estrépito y dirigiendo una mirada indignada al practicante le lanza su discurso en tono sentencioso.

–¡Mire, Dotor, o lo que sea, usted tiene que entender la situación. Don Casi lo único que hizo fue criarnos dificultades con la clientela, y nosotros, cuando se fue al sanatorio, pos dijimos: ¡Hasta aquí llegó el favor!, bastante hicimos con tenerlo con nosotros mientras encontraba un lugarcito, aunque ni siquiera hacía nada por hallarlo, se pasaba toditito el día bebiendo, además como le decía, mi Lupe... hoy tenemos invitados a la posada y es día que nos emborrachamos y nos... ¡qué dirían de nosotros: que los invitamos a una posada, no a un velorio!

La mujer interrumpe al marido sin darle al practicante ocasión de pronunciar ni una palabra.

–Pos... lléveselo a su mujer, ella es la que tiene l'obligación, después de todo, ella tiene que pagar lo mal que se portó con él.

–Apunte la dirección, joven, no queda lejos: Calle del Jardín, número siete, pregunte por la señora Modesta.

La ambulancia se pone en marcha. El practicante va molesto, quería terminar pronto con su fúnebre misión, era víspera de Noche Buena y se hallaba en la mejor disposición de aprovechar con la joven de ojos azules, la última posada. El chofer acelera la marcha, también él tiene sus planes para esa noche. Ventanas y rejas pasan rápidas a los costados de la ambulancia. Sus faros cortan las tinieblas deslumbrando a los pocos transeúntes que circulan por esas calles. Al fin, la ambulancia se detiene frente al número siete, después de buscar largo rato la calle del Jardín.

Abre la reja de la vecindad una vieja. El practicante pregunta por la señora Modesta, y la vieja, después de mirarlo desde la indiferencia de sus ojos hundidos, se aleja pesadamente por el patio alargado. Poco después emerge de la sombra una mujer que aparenta muchos más años de los que seguramente tiene, de pelo negro y largas trenzas.

–¿La señora Modesta?

–Para servir a asté. ¿Qué si le ofrece?

–Vengo del sanatorio del Seguro...

–Yo no lo he mandado llamar, señor.

–Ya sin tantos preámbulos, el practicante añade.

–No vengo por eso, señora, sino a notificarle con mucha pena que el señor Casildo Pérez dejó de existir esta tarde.

–¿Casi se murió?

–¿Cómo "casi"? Ah, sí, perdón...

–¡Qué barbaridad! ¡Qué voy a hacer yo sola, sin un respeto pa'mis hijos!

–¡Hay que tener resignación, señora!

–Y itanto tiempo que tenía yo sin verlo, pero siempre con la esperanza de que se arrepintiera de haber abandonado a sus hijos y volviera, ahora... ya ni esa esperanza me queda! –gemía, inconsolable-. Yo le decía: "si bebes tanto te enfermarás hasta que un día nos dejó y ya no volví a saber d'él. ¿Para qué se jue a un sanatorio si sabía que aquí tenía su casa? En los sanatorios siempre se muere el que entra.

–No, señora– replica sin querer el practicante–, sólo los que llegan cuando ya no tienen remedio, pero los sanatorios son para sanar.

–Sí, ya ve cómo se sanó mi Casi. ¡Qué va a ser de mí y de mis hijos! Tendré que volverme a mi pueblo, pero mis hijitos ya



Marcela del Río

se acostumbraron al vivir de por acá, y no van a dejar su escuela...! ¡Casi, Casi ¿de qué vamos a vivir...?!

–Después del entierro, podrá usted gestionar una pequeña pensión.

–¿Entierro?

–Sí, señora... voy por el cuerpo, y usted me indica en qué sitio lo acomodo o si van a requerir...

–¿Que qué? ¡No, eso sí que no! ¿Yo con qué voy a pagar el entierro?

–Puede usted ayudarse con la cantidad que otorga el seguro en estos casos.

–Nada de eso, después de que siempre vivió a mis costillas, además, mis hijitos están de vacaciones, Yo soy lavandera y no puedo irme y dejarlos solos con un cadáver, se espantarían.

–Pero, señora, yo tengo que cumplir mi obligación... y necesito entregar el cadáver.

–¿Y qué quiere que yo haga? Tengo que lavar pa'darles de comer a mis hijitos y no voy a dejarlos en ayunas por ir a enterrar a Casi. ¡Qué fácil es irse y no preocuparse por su familia, y regresar pa'que lo entierren ¿verdá?

–Pero debe usted comprender que yo debo entregárselo...

–Llévelo a su hermano, él es el que tiene toda la culpa. Él fue el que sembró siempre disgustos entre nosotros, y Casi se iba a emborrachar todos los días con él.

El practicante tomó nota de la dirección y se marchó. Entre el chofer y él se cruzaron expresiones de disgusto. Aquella tarea se prolongaba demasiado.

Recorren calles sin asfalto, de nuevo las iluminadas y otra vez las oscuras. La noche lleva en el aire un olor a pólvora de cohete y se oye a través de las ventanillas de la ambulancia el cántico de los niños:

*En nombre del cielo,
os pido posada...*

...

*Entren Santos Peregrinos,
reciban esta mansión
que aunque es pobre la morada,
os la doy de corazón...*

Que crean en el ánimo el espíritu sentimental propio de la Navidad.

Al toque que hace el practicante con la mano sobre la puerta, sale el hermano de su casa y se extraña de ver a aquel joven de blanco. Al saber la noticia baja la cabeza lentamente y dice con voz entrecortada:

–¡Qué descanse en paz!

Guarda unos segundos de silencio que el practicante no se atreve a interrumpir, alza la cabeza y dice como si confesara un secreto:

–Esa mujer tiene la culpa, todo fue que se casara con esa mosca muerta para que él comenzara a beber. Desde que ella lo engatusó, todo empezó a descomponerse. Sobre todo desde que se enfermó y le dieron licencia en la fábrica... ya no dejaba de beber. ¡Pobrecito! Haber tenido tan mala suerte. Éramos seis de familia y ya nos dejaron tres, contando a Casi, como quien dice, quedamos la mitad... ¡Si se hubiera venido a vivir con nosotros no le habría pasado nada, pero con esa mujer... más le valdría a ella regresarse al maldito pueblo del que nunca debió salir.

El practicante oía todo ya con impaciencia, le urgía terminar de una vez. Interrumpe al hermano y le pide que le indique el lugar apropiado para colocar el cuerpo de don Casi, como también ya él le llama, familiarmente. El hermano ya no lo deja terminar de hablar, abre los ojos e, instintivamente, cubre la entrada de la casa, con sus brazos.

–¡Ah, ni crea que lo va a dejar aquí! Lléveselo a su mujer. Bastantes líos me provocó a mí con sus pleitos en mi cantina, pa'colmo bebiendo de gratis, pa'que todavía tenga que cargar yo con su entierro.

–Pero es que su mujer tampoco lo quiere.

–¡Quién se lo manda, ser tan borracho y pendenciero, si nos hubiera hecho caso a los hermanos! ¡Pero no! Era la mancha de la familia. Todo lo que le sucede bien merecido se lo tiene! ¡Pa'que escarmiente!

–Pero...

–No hay "pero" que valga. Ni me vuelva a insistir. ¡No faltaba más!

Y la puerta se cerró.

Después de algunos minutos, la oficina central de ambulancias del Seguro Social llamaba a la agencia funeraria del Departamento de Prestaciones.

–Sí... envíenos sus papeles con el cadáver. Nosotros nos encargaremos del servicio. ¿Cuál es el nombre del finado?

–Casi... Casildo Pérez.

*

Unos días después, la oficina de Prestaciones daba entrada a tres solicitudes de reembolso por gastos de entierro: la de la esposa, la del hermano y la de los compadres de don Casi, quien por fin había recibido institucionalizada sepultura. 🗿